

VERSOS PELIGROSOS

"Tampoco yo te condeno"

De la introducción al libro de Alberto Maggi (Ed Fazi)

Cada vez van ganando más terreno en la sociedad y en la Iglesia ciertas expresiones como valores innegociables... tolerancia cero... hacer tabla rasa, términos que pertenecen a las estructuras de poder que se defienden a sí mismas, pero que son ajenos al mensaje de la buena noticia que los creyentes están invitados a vivir y anunciar.

Todo poder, cuando se siente amenazado, erige barreras defensivas, hace llamadas al orden, a la disciplina y a la obediencia. Pero la Iglesia, que de ningún modo ha de asemejarse a las estructuras de poder existentes, no puede nunca emular el lenguaje y los métodos de la sociedad.

A este respecto, Jesús era muy claro e incluso severo, tanto que dijo a los discípulos, que se dejaban llevar de la ambición y de la vanidad: "Vosotros sabéis que los gobernantes de las naciones ejercen su dominio sobre ellas y los jefes las oprimen" y, después de esta afirmación, que no era ciertamente lisonjera hacia los dirigentes, advirtió a sus discípulos que no trataran de imitar en ningún caso a los poderosos: "Entre vosotros no deberá ser así, quien quiera ser grande entre vosotros, será vuestro servidor y quien quiera ser el primero entre vosotros, será vuestro esclavo" (Mt 20,25-27).

El Reino de Dios, que Jesús vino a anunciar y a inaugurar, requiere un cambio radical por parte de quienes lo acogen en cuanto a los valores imperantes en la sociedad. Jesús pide sustituir las relaciones de fuerza por otras de amor, el dominio por el servicio, las relaciones de interés por la generosidad. Y esto no puede quedarse en una pía teoría, ha de ser una práctica constante, un cambio que no puede ser formulado por medio de una doctrina, sino que ha de ser visible como característica habitual y reconocible por parte de sus seguidores.

Si bien es cierto que la sociedad civil necesita un código de leyes, con obligaciones, prohibiciones y sanciones contra los transgresores, en la comunidad cristiana los patrones de comportamiento son diferentes. ¿Cómo es posible reconciliar la idea de "tolerancia cero" con el "perdonar setenta veces siete"? (Mt 18,22), ¿el castigo con el amor al enemigo, la defensa intransigente de doctrinas utópicas con el bien concreto del hombre?

Con Jesús ya no es una ley, ni aunque fuera de carácter divino, la que regula las relaciones entre las personas, sino el amor. La verdad de su mensaje de ningún modo puede estar condicionada por situaciones contingentes. Ningún caso extremo permite diluir la buena noticia de Jesús. Sería traicionar su mensaje. Y traicionar el mensaje de Jesús equivale a traicionarse a sí mismos. El amor, la única actitud que Jesús pidió a los suyos que manifestaran al mundo de manera tangible, nunca puede perder peso en la comunidad que porta su nombre y que a él se remite. Si quienes se sienten marginados y despreciados en la sociedad no hallan en la comunidad cristiana una acogida que sepa ir más allá de sus culpas, sino solo juicios y condenas, estos pierden toda esperanza.

Cuando la comunidad de los seguidores de Jesús no es capaz de ofrecer una mirada de misericordia que exprese perdón, un abrazo compasivo que no lleve cuenta de las culpas, entonces quiere decir que la sal ha perdido su sabor y "ya no sirve para nada más que para ser arrojada y pisada por la gente" (Mt 5,13). Las severas palabras de Cristo no dejan lugar a dudas: si aquellos que creen ser sus seguidores no son capaces de dar testimonio de amor, ternura y compasión, no sirven para nada, y merecen el desprecio de la sociedad que esperaba de ellos una nueva linfa vital. El juicio, la acusación, el reproche, el castigo, la marginación, el desprecio, todo esto abunda en la sociedad, y Jesús no ha venido para añadir nuevas normas y hacer aun más pesadas situaciones ya de por sí insostenibles; él es la manifestación de aquél amor que "no quiebra la caña cascada, ni apaga la

llama humeante” (Mt 12,20; Is 42,3).

Jesús propone un rostro diferente de Dios, y al acogerlo surge un modo nuevo de vivir. El Padre de Jesús es un Señor que no castiga y no castiga a nadie, sino que a todos ofrece amor incondicional, más grande aun que el de una madre hacia su hijo (“¿Acaso se olvida una madre de su hijo, y no se apiada del fruto de sus entrañas? Pues aunque ella se olvide, yo no te olvidaré”, Is 49,15). El amor de Dios no se rinde ni siquiera frente a la evidencia, no se echa atrás ante la traición y el pecado, sino que es capaz de suscitar vida allí donde no existe. El Señor había intentado hacer llegar este amor suyo a los hombres a través de la voz de los profetas, pero evidentemente este mensaje no fue comprendido ni escuchado.

Después, con Jesús, este amor vio su máxima expresión y manifestación, pero de manera sorprendente fue fuente de escándalo desde su primera aparición. No solo los contemporáneos de Jesús se indignaron por su trato hacia los pecadores, sino que incluso las primeras comunidades cristianas tuvieron dificultades para acogerlo y practicar las enseñanzas de Cristo, que fueron descuidadas, diluidas e incluso censuradas.

¿Cómo pudo suceder todo esto?

La respuesta hemos de buscarla tal vez en la tentación del poder que, si bien fue rechazada categóricamente por parte de Jesús, seduce a menudo a sus discípulos.

El amor vale para servir, no para ordenar. Para dominar y ordenar el amor es un obstáculo. Para someter a las personas hay necesidad de inculcarles temor, y entre todos, el temor de Dios y de sus castigos es el más eficaz. Pero allí donde hay miedo, no puede existir ninguna forma de amor (1 Jn 4,18).

El Dios que produce miedo, que juzga, condena y castiga, es la divinidad impuesta por aquella institución religiosa que pretenda ejercer un poder absoluto para someter a los hombres a sus disposiciones.

El Padre que libera de todo temor, que no juzga ni condena sino que a todos ofrece su amor sin condiciones, es la buena noticia que Jesús reveló a la humanidad para colmarla de felicidad.

En este libro, siguiendo las líneas del evangelio de Lucas, el cantor de la misericordia de Dios, a quien Dante definió como el “scriba mansuetudinis Christi” (escritor de la mansedumbre de Cristo) (Monarchia, I), intentaremos redescubrir la riqueza inmensa del amor de Dios hacia la humanidad, un amor que ha de ser recuperado urgentemente por una iglesia que no puede abandonar la única misión que Cristo le confió, testimoniar de forma visible el amor incondicionado de Dios hacia cada una de sus criaturas.